

BIBLIOGRAFIA

LUCIEN CERFAUX: *L'Eglise des Corinthiens*. Paris, 1946. Editions du cerf, 19 x 12 centímetros, 116 págs.

Constituye este sugestivo opúsculo del prestigioso profesor de la Universidad de Lovaina el número 7 de la interesante Colección *Témoins de Dieu*. Es una obra de divulgación en la que los mismos especialistas encontrarán sugerencias originales aprovechables.

Especialmente interesante resulta el primer capítulo, en el que Cerfaux estudia las condiciones sociales del mundo greco-romano para mejor comprender la situación de las iglesias cristianas que en él se fundan. El antiguo concepto griego de la *πόλις*, que centralizaba toda la actividad política, artística, económica, moral y religiosa de los ciudadanos, se había desmoronado con las conquistas de Alejandro y cedido su puesto a las asociaciones libres, en las que el hombre buscaba el apoyo que el Estado, demasiado distante de sus preocupaciones, no les podía prestar. Tales asociaciones, religiosas sobre todo, se organizan libremente; son pequeñas *πόλεις* dentro del Estado, poseen sus leyes, dan sus decretos, tienen sus reuniones y se gobiernan por sus propios magistrados. En este ambiente de libertad se comprende la libre existencia de las comunidades judías y la creación de las iglesias cristianas.

Teje después C. la historia de la comunidad cristiana de Corinto, con una vivacidad de estilo que entusiasma, pero que tal vez da como cosa cierta lo que no son sino apreciaciones subjetivas del autor. Así, por ejemplo, el carácter alegorizante de la predicación de Apolo, la estancia de San Pedro en Corinto, el conocimiento entre los corintios hacia el año 52 del Evangelio de San Mateo, traducido del griego, etc.

En el capítulo tercero, titulado *La Sagesse de Dieu*, resalta el admirable equilibrio del Apóstol; que al condenar la sabiduría humana, tan del agrado de los corintios, lo hace sin menospreciar la razón, que, iluminada por la fe, será la sede de la Sabiduría de Dios en los hombres.

En los capítulos siguientes examina los problemas de la Iglesia naciente de Corinto y las soluciones del Apóstol; tan en contraste con las soluciones paganas y las de los mismos cristianos corintios. Al ansia de saber respondían los paganos con innumerables sistemas filosóficos, que rara vez llegaban a la verdadera idea de Dios; los cristianos de Corinto creían ver dentro del Cristianismo varias escuelas humanas: la de Pablo, la de Apolo, la de Cefas, la de Cristo; para Pablo no

hay más que una sabiduría, que se adquiere por la aceptación del plan divino sintetizado en la locura de la Cruz. Ante la corrupción pagana de las costumbres, algunos corintios opinaban que todo estaba permitido, mientras que otros imponían la abstinencia total del matrimonio; Pablo condena la laxitud de los primeros y la estrechez de los últimos. ¿Será lícito a un cristiano comer de las carnes ofrecidas a los ídolos? Hay en Corintio espíritus fuertes que están muy convencidos de que los ídolos no son nada, y no tienen reparo en sentarse a la mesa de los sacrificios idolátricos; otros, en cambio, siguen viendo en esta práctica una participación en el culto a los ídolos, y la condenan; Pablo no quiere escandalizar a estos últimos, y teme por la perseverancia de los primeros.

En el estudio de la cuestión carismática cree C. que la frecuencia de carismas en la Iglesia de Corinto y la afición de los griegos a la sabiduría han hecho pensar a San Pablo en una teoría sistemática que desglosa los dos carismas iniciales de lengua y profecía, únicos conocidos en Jerusalén y Antioquía, en varios subgrupos, dependientes unos del don de lenguas (interpretación y salmo) y otros del de profecía (discreción de espíritus, revelación, enseñanza, conocimiento, sabiduría, discursos). Comparando el carisma de Sabiduría con la sabiduría cristiana de que San Pablo habla en los primeros capítulos de esta su Carta primera, C. ve la diferencia en que, mientras el carisma es una luz creada y como un espejo, la sabiduría cristiana es «un conocimiento directo e inmediato, tomado de Dios por el Espíritu Santo y derramado en nosotros con la presencia misma del mismo Espíritu. Es una participación inmediata de los bienes divinos. Por ella conocemos a Dios en sí mismo... Más que un efecto del Espíritu Santo como el carisma, la sabiduría, vida de la fe, es su presencia en el alma unida a Dios por la gracia» (¿!).

Lamentamos que C. se haya ceñido a la primera Carta de S. Pablo a los Corintios sin apenas aludir a la segunda, donde se tocan tantas facetas interesantes de la primera comunidad cristiana de Acaya. Resulta interesante bajo la pluma de Cerfaux el contraste del Cristianismo con el mundo griego de Corinto, aunque a veces se insista demasiado, a nuestro juicio, en presentarlo como el primer encuentro del Cristianismo con el Paganismo, olvidando Antioquía de Siria y de Pisidia, Iconio, Lystras, Filipos, Tesalónica, Berea, etc., cuyas iglesias fueron evangelizadas antes, se nutrieron también en su mayoría de gentiles convertidos y alguna de ellas—Tesalónica—recibió Cartas del Apóstol de fecha anterior a las de Corintio.

Estos pequeños detalles, sólo visibles cuando se mira con lupa, no empañan la claridad y utilidad de esta obra, que tanto puede contribuir a ilustrar a los lectores sobre los primeros pasos del Cristianismo en esta Europa que todo lo debe a Cristo y sólo volviendo a El encontrará nuevamente el camino de su rehabilitación y futura grandeza.

S. MUÑOZ IGLESIAS

SHOLEM ASCH: *El Apóstol*, traducción de C. A. Jordana. Editorial Hermes, México, 1945; 884 págs. en 210 x 135.

No es este un libro de estudio, sino una novela, en la que se ha querido reflejar la vida de S. Pablo. Una vida de S. Pablo vista por un incrédulo, que no tiene